

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE TRABAJO SOCIAL

Tesis Licenciatura en Trabajo Social

Hacia el retiro del mercado laboral del viejo.
Configuración de una nueva cotidianeidad

Rodrigo Hollich Cabrera
Tutora: Sandra Sande

2015

RESUMEN

El presente trabajo refiere al impacto que tiene el proceso jubilatorio, entendiendo particularmente a éste como el retiro del mercado laboral –ámbito formal de producción-, sobre los viejos y su consecuente adscripción dentro del núcleo familiar. Se considera así la transición de trabajador a jubilado uno de los mayores cambios –por lo general abrupto- que se suceden en dicho “momento” del ciclo vital, repercutiendo en distintas dimensiones que organizan, estructuran y singularizan la experiencia de cada sujeto envejeciente. Se destacará la relevancia que la categoría Trabajo adquiere tanto en la construcción como determinación del propio sujeto, siendo su rol “productor” factor preponderante en sociedades consideradas “avanzadas”. A partir de la transición de sujeto trabajador a jubilado se suceden modificaciones que atañen no solamente a quien lo vivencia, sino que el mismo núcleo familiar se encuentra de igual forma comprometido, siendo ambos afectados y afectantes ante el retiro laboral de determinado miembro de la familia. El énfasis será puesto sobre este último, es decir en la trascendencia del retiro laboral como condicionante en cuanto a la configuración de su “nueva cotidianeidad”, la posibilidad de “descubrir” alternativas y/o redefinir el propio “proyecto” vital que conduzca a la reelaboración de la experiencia y “curso de vida”, vividos siempre activamente.

Palabras clave: Vejez, proceso jubilatorio, trabajo, familia, cotidianeidad

ÍNDICE

Introducción.....	Pg.4
Fundamentación.....	Pg.7
Antecedentes.....	Pg.9

Capítulo I: Hacia una reconstrucción de la trayectoria singular en tanto sujeto social

¿Estando el hombre determinado por estructurantes sociales, es posible identificar una inserción autónoma y distintiva al colectivo?.....	Pg.11
El individuo como “productor-reproductor”.....	Pg.13
Transitando el retiro del mercado laboral ¿sujeto desvinculado?.....	Pg.16

Capítulo II: El individuo en un entramado complejo, abierto e históricamente dinámico: Familia

De los avatares de la jubilación, impacto suscitado en la familia.....	Pg.20
¿Es posible “pensar” la familia como institución autodeterminada?.....	Pg.22
Socialmente el viejo es “desechado”, y la familia ¿lo reafirma?.....	Pg.26

Capítulo III: Viejo jubilado ¿en adelante como sujeto jubilado?

Ligado a idénticas estructuras ¿cotidianidad impuesta o construida?.....	Pg.28
Viviendo su vejez, el viejo se construye una y tantas veces en sujeto.....	Pg.32
Vejez “Algo nuevo bajo el sol”.....	Pg.34

Consideraciones.....	Pg.36
Bibliografía.....	Pg.41

INTRODUCCIÓN

El siguiente trabajo profundizará en el “campo” de la Vejez a partir de la interrelación de distintos ejes teóricos analíticos, los cuales encuentran anclaje y suscitan la reflexión desde diversas perspectivas que atañen e involucran al colectivo social en su conjunto: económica, histórica, social, psicológica, simbólica, entre otras. Resulta adecuado establecer desde un comienzo, que adherimos a la concepción de vejez entendida como fruto de construcciones sociales y culturales, siendo éste el principal lineamiento que guiará el documento en toda su extensión. Construcciones y valoraciones en torno al trabajo, a la familia, al “actuar y roles” a desempeñar por parte del viejo que “empapan” de sentido y significado la concepción de vejez, tanto social como culturalmente. Es en definitiva la sociedad toda “pensándose” a sí misma, la que elabora y reproduce una imagen acerca de la vejez, no siendo en ningún caso universalizable, ya que factores contextuales de índole político, legislativo, económico, social moldearán y darán forma a la misma.

Habiendo puesto énfasis en dicha acepción sobre la vejez, el cometido del trabajo procurará problematizar el proceso jubilatorio que pauta la desvinculación del mercado formal de producción por parte del viejo. Los aspectos relevantes que estructuran dicha problematización refieren a la reinserción al interior del núcleo familiar por parte del viejo jubilado y a la configuración de una nueva cotidianeidad por parte del mismo. Se plantea la reflexión a partir del análisis bibliográfico pertinente sobre distintos ejes teórico-analíticos, como ser Trabajo, Familia y Vida Cotidiana, atravesados por el paradigma emergente del Curso de vida, que contribuyen a una discusión dialéctica de corte existencialista sobre la temática especificada.

Bajo un modelo social que se encuentra organizado y determinado por los esquemas productivos, que dispone y “posiciona” a los individuos en el organigrama social en relación a éstos, es decir su capacidad y/o potencial de producción, el trabajo se transforma en el principal referente que otorga sentido y legitimación de la expresión singular del sujeto. Pareciera que no quedase margen o espacio para los “otros”, los viejos relegados y apartados de dicha actividad que otorga status, quienes se encuentran obligados a redefinir sus roles en todos los ámbitos de la experiencia cotidiana, al interior de la familia, en función de sus relaciones y vínculos personales, organizando su tiempo diario ya no en dependencia del trabajo como estructurador

principal, sino en función del ocio y tiempo libre como preponderantes. Con la intención de problematizar lo referido, haciendo las veces de hilo conductor del trabajo, nos interrogamos;

-¿Adquiere valor el sujeto únicamente en función de lo que produce?

-¿Es posible la reinscripción por parte del viejo jubilado al interior del núcleo familiar o es mera adaptación impuesta ante su nueva condición?

-¿El viejo es partícipe en la construcción de su nueva cotidianeidad?

-¿Qué “proyecto” vital posibilita respecto al viejo un modelo social determinado por la égida del capital?

A partir de dichos cuestionamientos, el documento se estructura en tres capítulos que configuran la problematización planteada acerca de los avatares del retiro del mercado laboral por parte del viejo.

Siguiendo dicha propuesta, en el capítulo inicial haremos hincapié en los determinantes principales que pautan la trayectoria del individuo, entendido éste en tanto sujeto social. Haremos referencia en forma breve pero concisa a la configuración del modelo societal imperante en sociedades denominadas “avanzadas” y modernas, aspecto imprescindible de considerar si pretendemos reconstruir y significar la trayectoria vital del viejo, en relación a su inscripción al núcleo familiar, la demarcación y posicionamiento en él, como en la estructuración de la vida cotidiana. A continuación, nos abocaremos a las representaciones que el Trabajo – sentido instrumental- adquiere en el modelo social descrito, sobre el individuo. A partir de la noción de sujeto como “productor-reproductor”, el individuo será hacedor de su singularidad en estrecha relación de su condición productiva. Más adelante nos detendremos en el proceso que pauta la desvinculación del mercado laboral por parte del viejo, específicamente a través del concepto de jubilación. Mediante el mismo nos acercaremos a esclarecer la forma en la cual el sistema capitalista enlaza y amalgama el concepto de jubilación al de vejez, atribuyendo al viejo la denominación de improductividad e inutilidad. La jubilación reviste suma trascendencia al momento de la construcción y significación de la vejez, ya sea en el plano individual como social, transformándose en elemento principal al reflexionar, “pensar, sentir y vivenciar” la vejez, propia y ajena.

Continuando el trabajo, en el siguiente capítulo referiremos al individuo en estrecha interrelación al núcleo familiar más íntimo, siempre tomando solo en consideración el posicionamiento del mismo a través de su condición de sujeto productor. Es decir cómo se caracteriza la inserción al interior del núcleo familiar en tanto productor y la incidencia posterior en función de los avatares de la jubilación. Para ello se caracterizará la institución Familia, considerándola categoría histórica, transformada, modificada y adaptada a particularidades coyunturales en distintas épocas. De esta forma visualizaremos como en este tipo de organización social el proceso jubilatorio llevado adelante por el viejo, no será exclusivamente motivo de índole personal por parte del mismo, sino que afectará e implicará a su entorno familiar próximo, comprometiéndolo en su conjunto. Así pretendemos reflejar como es el mercado el que comporta el principal atravesamiento que condiciona, determina y estructura la familia, condicionado el posicionamiento del sujeto en ella en función su capacidad y potencial de producción. Se hará mención en base a lo anterior, a la reinscripción por parte del viejo en la vida familiar, considerando los significantes que adquiere la jubilación en dicho sentido.

Avanzado el documento, el apartado final tendrá el cometido de problematizar acerca de la noción de vida cotidiana –reelaboración de la misma- por parte del viejo, a partir de las implicancias suscitadas por el proceso jubilatorio vivenciado. Atenemos a la consideración que demarca a la jubilación en cuanto suceso de ruptura con la cotidianeidad del sujeto, de forma dinámica, compleja y abrupta. En relación al cometido marcado, se introducirá la noción de paradigma de Curso de Vida, pretendiendo mediante éste “recuperar” y caracterizar la particular trayectoria vital del viejo, senda vital única e irrepetible bajo la cual entendemos es a la luz de ella que se significa la vejez. Finalizando el trabajo, y comprendiendo la vejez desde el Curso de vida -como a lo largo de todo el documento-, evocamos la expresión de continuidad en la trayectoria vital del viejo, habilitando la concepción de tiempo futuro mediante la noción de Proyecto.

Por último se presentarán las consideraciones emergentes en la propuesta llevada adelante, a fin de suscitar la reflexión sobre las implicancias del proceso jubilatorio del viejo.

FUNDAMENTACIÓN

Tomar la opción de problematizar acerca de la configuración de la cotidianeidad del viejo luego de desvincularse del ámbito formal de producción, representa una propuesta pasible de ser fundamentada desde múltiples ángulos.

Por una parte, es ineludible destacar que la problematización referida se sustenta y motiva en el “*reconocimiento*” del viejo a partir de su valor individual y social intrínseco. Por ello entendemos que recuperar la valoración del viejo, implica sobre todas las cosas comenzar por denominar al sujeto por lo que es, a decir de Ludi (2005) es preciso “llamar las cosas por su nombre”, por tal motivo desde el vamos y durante todo el documento haremos mención al sujeto viejo a través del término que lo demarca, *Viejo*. Escuchamos, solemos utilizar cotidianamente, distintas formas de referir al viejo, todos eufemismos que dan cuenta de una connotación particular respecto a la vejez, “escondiendo” detrás de sí el posicionamiento que la sociedad reserva para aquel sujeto, elaborando y reproduciendo una imagen social distorsionada y equivocada de éste. “(...) *trabajamos conceptualmente los modos de nombrar la vejez, en tanto posicionamiento teórico de nuestra investigación, y también para mostrar que detrás de esto subyace una concepción de sujeto, de mundo, en este caso de vejez, que a su vez va construyendo imaginarios, representaciones que es necesario modificar y reconstruir*”. (Ludi, 2005: 32). Llamar al viejo como tal, supone despojar por un lado al término de la negatividad que conlleva, en tanto por otra parte permite hacer alusión al sujeto envejecido en ausencia de “señalamiento” y discriminación, que sí se evidencia mediante la utilización de eufemismos que pretenden atenuar o simplemente disminuir una significación desvirtuada respecto al término “viejo”. No desconocemos que llamar al viejo como lo es, viejo, representa un desafío quizá ilusorio, pero no por ello podemos dejar a un lado la trascendencia que representa, ya que como sostiene la propia Ludi, el modo de nombramiento nos posiciona desde una perspectiva ideológica. Entendemos entonces que la propuesta encuentra asidero, a partir del reconocimiento del viejo jubilado, en cuanto expresión de su singularidad en construcción permanente, anclada sí en un pasado y trayectoria, pero también con un porvenir a elaborar y redefinir como protagonista, rechazando asociaciones extendidas de inutilidad e improductividad sobre la vejez.

Por otra parte, es preciso destacar el creciente envejecimiento poblacional a nivel global, fenómeno potenciado considerablemente al referirnos a nuestra sociedad en particular. Nuestro

país presenta una estructura etaria envejecida, representando las personas mayores a 65 años – viejos-, un importante segmento total de la población, aproximadamente el 14.11% de los habitantes (Thevenet, 2013). En comparación a los países de la región, nuestro país tiene una población fuertemente envejecida, solamente Cuba presenta una edad mediana superior a la nuestra de 34 años. A su vez es posible ratificar lo expuesto a través del índice de envejecimiento, el cual da cuenta de la razón de viejos respecto a los menores de 15 años. Él mismo evidencia la cifra de 66 viejos por cada 100 menores de 15 años. A decir de Paredes *“El envejecimiento de los países se desarrolla en el contexto de sus experiencias de transición demográfica”*. (Paredes, 2009: 5). Uruguay ha sido en la región de los países que más tempranamente inició dicha transición, encontrándose en una etapa “avanzada” de la misma, presentando en sus tasas de natalidad como de mortalidad guarismos sumamente bajos (Thevenet, 2013). Dicho fenómeno está vinculado estrechamente con el aumento verificado en la esperanza de vida al nacer, situándose en promedio para hombres y mujeres en nuestro país en 77,2 años (73,6 para hombres y 80,5 para las mujeres). La prolongación de la vida da cuenta de modificaciones respecto a necesidades, motivaciones, intereses y actividades realizadas y vivencias por el viejo. Argumenta Sánchez *“El envejecimiento de la población constituye un factor importante en los sistemas económicos, políticos, culturales y sociales. La vejez en sí, como proceso en la etapa de vida ha comenzado a levantar interrogantes fundamentales en cuanto a políticas y prácticas sociales existentes”*. (Sánchez, 2000: 2). Consideramos que el aumento en la expectativa de vida de nuestra población, sumado al acentuado envejecimiento poblacional dado, son motivo valederos para habilitar la reflexión acerca de distintas temáticas en torno a la vejez y procesos de envejecimiento.

Finalmente, entendemos que la propuesta se fundamenta desde la perspectiva y enfoque situado sobre el viejo, en la posibilidad de ser *“hacedor”* de su expresión, de forma tal de problematizar, debatir y suscitar la reflexión acerca del *“lugar”* que se le otorga en cuanto a la construcción del significado y sentido que adquiere la vejez. De ahí la inquietud planteada por la necesidad de *“recuperar”* la trayectoria, la senda vital y acontecimientos trascendentes vividos por el viejo. La población envejecida -como cualquier otro grupo etario- no es homogénea, no es posible identificar y asociar características intrínsecas a la vejez; ni biológicas como ser el deterioro, ni sociales como el abandono, ni cultural como la inutilidad, ni económica como la improductividad.

ANTECEDENTES

En lo que refiere a la revisión de antecedentes, es preciso resaltar que existe un sinnúmero de material vinculado al abordaje de la Vejez, de índole académico, expresado en distintos artículos, publicaciones, revistas, ensayos, entre otros, cómo también reflejado a través de distintas obras literarias, como ser novelas y dramas, de gran riqueza y valor aportado en la construcción y reflexión pertinente en el campo que nos convoca. A pesar de ello, en estricta referencia a nuestra temática a problematizar son escasos los materiales encontrados, habiendo una reducida producción teórica si realizamos la equivalencia con otros abordajes y temáticas también vinculadas a la vejez. De todas formas es imprescindible tener presente la enorme cantidad de materiales existentes en referencia a la vejez que abordan e incluyen los distintos ejes teórico-analíticos que sustentan nuestra propuesta, desde investigaciones, artículos en revistas, trabajos académicos tanto en nuestro país como en el exterior, pero que configuran otros propósitos y objeto que distan significativamente del aquí planteado. Cuando destacamos la insignificante producción teórica acumulada en relación a temáticas que abordan por ejemplo, la posibilidad de reconfiguración de la cotidianeidad por parte del viejo jubilado como partícipe y protagonista directo, o estrictamente cómo es posible su reinserción al núcleo familiar ya no a partir de su condición productiva, o si es “pensado” y habilitado socialmente que el viejo redefina un proyecto vital para sí, estamos enfatizando también la extremada producción suscitada en el campo de la vejez en relación a temas de índole económico –pasividad, incapacidad- como biológico y médico – salud y enfermedad enormemente-. No significa que lo creamos inapropiado, sino que deben articularse a otros que presenten enfoques y perspectivas alternativas tanto sobre la vejez como del viejo específicamente, por tal motivo entendemos que nuestra propuesta encuentra de alguna forma fundamentación en ello.

Algunos de los artículos, publicaciones e investigaciones que dan cuenta del abanico teórico que transversaliza nuestra propuesta los tomamos de insumo, ya que retomar el “camino” transitado contribuye en gran forma a enriquecer el análisis, discusión y problematización del objeto referenciado. Es así que si bien no hallamos antecedentes que indaguen y problematicen conjuntamente los ejes analíticos que presentamos, introduciremos y haremos mención brevemente a algunos de los cuales abordan dichas categorías, que como mencionamos fueron punto de partida en la “maduración” del presente documento. Salvador Seguí y Alfredo

Alfageme en su artículo “El retiro temporal a lo largo de la vida: bases sociológicas y filosóficas” (2008), se proponen rescatar las bases sociológicas que habilitan a “pensar” y debatir la posibilidad del retiro temporal. De este modo ponen en debate las posibilidades de regulación del retiro temporal, mediante la noción de construcción social de la vejez tomando a su vez como marco argumentativo el enfoque de la sociología del trabajo. Parten de considerar incoherente las relaciones establecidas entre las instituciones laborales postfordistas con los modelos reinantes diagramados en torno a la jubilación. Para ello detienen la atención en la “ruta” de la sociología del envejecimiento con la noción de <edadismo>, desembocando en una sociología crítica del curso vital.

Otro de los trabajos que destacamos, es el artículo realizado por Pedro Sánchez (2000) “Sociología de la vejez versus economía de la vejez”, en él sostiene que ambas deben buscar sus puntos de encuentro, aproximarse la una a la otra al momento de significar y comprender los avatares desencadenados en el envejecimiento del sujeto, aproximación no restringida en la perspectiva del envejecimiento demográfico y sus costos y consecuencias económicas, sino en un nivel cotidiano, privado y familiar. Desde la mencionada perspectiva, el autor analiza determinados hechos económicos de relevancia que atañen al jubilado –jubilación, consumo, ahorro- deteniéndose en la incidencia que presentan en la familia, actividades que desempeñan luego de jubilarse, entre otros.

También tomamos de referencia para este trabajo, el ensayo de Mario Quiroz (2000) “Impacto psicosocial del retiro laboral en la fase terminal de la familia”, enfatiza en los efectos psicosociales que provoca el retiro laboral en la última fase del ciclo vital familiar, tomando como eje principal el impacto del retiro en el viejo, pero extendiendo la comprensión del fenómeno a los restantes integrantes del núcleo familiar, entendiendo que a partir de ello se ven modificadas las dinámicas, relaciones y particularidades de la “vida familiar”.

Finalmente referenciamos el trabajo de Lourdes Bermejo (2006) “Promoción del envejecimiento activo. Reflexiones para el desarrollo de programas de preparación y de adaptación a la jubilación”. Como sugiere el nombre, el artículo hace hincapié en las condiciones, situaciones y factores del proceso jubilatorio que pueden posibilitar un envejecer del viejo en forma activa, oponiéndose a la consideración de inutilidad y deterioro que suele concedérsele socialmente. Recupera la idea de trayectoria al referir a la jubilación como proceso.

Hacia una reconstrucción de la trayectoria singular en tanto sujeto social

¿Estando el hombre determinado por estructurantes sociales, es posible identificar una inserción autónoma y distintiva al colectivo?

“En una cultura en la que prevalece la orientación mercantil y en la que el éxito material constituye el valor predominante, no hay motivos para sorprenderse de que las relaciones amorosas humanas sigan el mismo esquema que gobierna el mercado de bienes y de trabajo.”
Erich Fromm

Partiendo de la consideración del sujeto desde la perspectiva vital como sujeto envejeciente, nos abocaremos a éste en lo concerniente a su inscripción dentro del mercado laboral y su posterior abandono representando el proceso jubilatorio. Previo a ello caracterizaremos en una primera instancia el modelo socioeconómico imperante, el cual señalamos como coartante de las libertades personales -en cada una de las esferas- en las cuales el individuo puede encontrar expresión de su singularidad. Tomando los aportes de Alonso, el autor sostiene *“el modelo fordista consagró, en las sociedades occidentales avanzadas, la que se mantiene como concepción dominante del curso vital de las personas: un curso estructurado en tres fases y en este orden: aprendizaje, trabajo y retiro.”* (2004:25-26). De este modo de significar las trayectorias vitales hacia los sujetos por parte del autor, se evidencia la magnitud e intensidad en cuanto a la adscripción y dependencia del individuo respecto a las estructuras sociales.

Se configura un modelo social enormemente jerarquizado, en el cual el eslabón económico halla exclusiva centralidad y preponderancia, siendo a partir de él que se configurará el plano social, entendido en este modelo de sociedad actual denominada “avanzada” como la disposición de los sujetos en relación a la posesión y producción de capital (Bauman, 2008). Así hacemos referencia al modelo social capitalista, enmarcándose en toda sociedad política y jurídica originada y basada en una organización racional del trabajo, el dinero y la utilidad de los recursos de producción, caracteres propios de aquel sistema económico (Hobsbawm, 2001). Dicho orden se configura primordialmente por medio de la apropiación privada de los medios de producción y la libertad última de gestionarlos. Como rasgo distintivo al modelo, es imprescindible señalar su carácter en cuanto a economía de mercado, es decir regulada a partir y

exclusivamente de éste, siendo en definitiva como describe Lipovetski (2007) su condición necesaria que lo sostiene y reafirma.

Destacar ello es fundamental al momento de desentrañar/problematizar la situación del sujeto –sujeto- al modelo, encontrándose limitado, coartado, por los condicionantes desplegados sobre éste, sobre todo sí lo que aspiramos es a esbozar un fructífero sistema de protección global hacia él mismo. Es preciso no perder de vista que el *laissez-faire* se caracteriza por contratos “voluntarios” con mínima intervención Estatal, orientados siempre en favor de la producción y re acumulación del capital. El rol del Estado se limita entonces en favor de garantizar la seguridad y al resguardo de los derechos de propiedad privada y medios de producción. De esta forma el individuo pierde autonomía, capacidad de elección, individualidad entendida en tanto creatividad, encontrándose “sujetado” al orden socioeconómico establecido. Antunes describe el proceso de forma notable de la siguiente manera *“É preciso que se diga de forma clara: desregulamentação, flexibilização, terceirização, bem como todo esse receituário que se esparrama pelo “mundo empresarial”, são expressões de uma lógica societal onde o capital vale e a força humana de trabalho só conta enquanto parcela imprescindível para a reprodução deste mesmo capital. Isso porque o capital é incapaz de realizar a sua autovalorização sem servir-se do trabalho humano. Pode diminuir o trabalho vivo, mas não eliminá-lo.”*(2000:5).

Continuando la línea del autor, al circunscribirnos en las trayectorias biográficas de los individuos, ya que nuestro énfasis se detendrá en aquellos que se encuentren abandonando el ámbito laboral, señalamos como objeción a tal sistema su despiadada fiereza caracterizada por la explotación de la fuerza de trabajo del hombre al constituir el trabajo una mercancía más, por tanto al hombre de igual modo. Dicha condición representa su principal contradicción: medios de producción privados con fuerza de trabajo colectiva, de este modo, mientras en el capitalismo se produce de forma colectiva, la apropiación y goce de las riquezas generadas es patrimonio reservado para unos pocos. De esta forma el individuo se encuentra despojado en cierta medida de su actividad, correctamente del producto derivado de la misma. Como destaca Alonso (2004) dicha estructuración social extremadamente rigurosa –con ensueños de libertad- resulta sumamente funcional al sistema capitalista dado. No escapa a su vez a la crítica masificada y extendida en diversos actores, -en nuestro interés- *“relacionadas con la inserción social de los mayores, y ha resultado siempre problemática desde el punto de vista de la libertad de los*

individuos, entendida como autonomía para establecer y perseguir sus propios proyectos vitales”. (Alonso, 2004: 25-26).

El individuo como “productor-reproductor”

“Este modo de producción no debe considerarse solamente en el sentido de la reproducción de la existencia física de los individuos. Es ya un determinado modo de manifestar su vida (...). Lo que son coincide, por consiguiente, con su producción. Lo que los individuos son depende, por tanto, de las condiciones materiales de su producción”
Karl Marx

Lo expuesto anteriormente se encuentra sumamente relacionado a lo que se demanda del sujeto en cuanto a su trayectoria laboral desplegada, inmerso y sometido a un modelo de sociedad que toma al sujeto como productor o en el mejor de los casos “potencial” productor. Es preciso esclarecer la confusión entre los conceptos de actividad, trabajo y empleo. Desde un punto de vista económico, los viejos son considerados inactivos, -definición reduccionista que suele aplicarse al trabajo, como sinónimo de empleo remunerado-. En el sentido que nos aboca la noción de trabajo, concierne el aspecto de instrumentalidad; es decir, trabajar a cambio de un salario y con un fin material. En función de ello haremos referencia entonces al sentido atribuido al trabajo desde la perspectiva productiva del capital, manteniendo la misma línea cuando nos aboquemos al proceso de desvinculación del mercado laboral, representando la jubilación por parte del viejo.

En función de la mencionada organización social –estructurada bajo la égida del capital-pretender comprender, significar y vislumbrar como en este modelo de sociedad el viejo jubilado, retirado de su actividad –productiva-, se re inserta dentro del núcleo familiar, implica hacer una pausa acerca de las representaciones que el trabajo adquiere en la trayectoria de todo sujeto. Ello siempre teniendo en consideración la noción del sujeto como “productor”, como hacedor de su singularidad a partir de su condición productiva. Asimismo, y desde otra perspectiva referida al trabajo como empleo, consideramos los aportes de Castel para acercarnos de mejor forma a lo mencionado, “(...) el trabajo sigue siendo el fundamento principal de la ciudadanía, en tanto que ésta tiene, hasta que se demuestre lo contrario, una dimensión económica y una dimensión social. Decimos el trabajo, y principalmente el trabajo asalariado,

que sin duda no es el único trabajo útil, pero que se ha convertido en su forma dominante” (Castel, 1997:456). De esta forma se desprende que a partir del trabajo el individuo encuentra una forma concreta de participación en la sociedad, haciéndolo mediante su actividad de producción. El mismo autor sostiene que a partir de la asunción del papel productivo dentro de la sociedad, el sujeto halla el origen de su dignidad personal, en definitiva el sentimiento de utilidad, respecto a sí mismo, al colectivo y por sobre todo en relación a la familia –aspecto en el que profundizaremos más adelante-.

En estrecha vinculación se encuentra Freud (1988) al referirse al mismo como fundamental en la economía libidinal del sujeto *“Ninguna otra técnica de orientación vital liga al individuo tan fuertemente a la realidad como la acentuación del trabajo, que por lo menos lo incorpora sólidamente a una parte de la realidad, a la comunidad humana.”* (Freud, 1988:35). Según el propio autor la posibilidad de “desplazar” hacia el trabajo y las distintas relaciones humanas con él vinculadas, una parte considerable de los componentes narcisistas, agresivos y eróticos de la libido, otorga a dichas actividades un valor que no queda relegada en importancia al que tienen como condiciones imprescindibles para mantener y justificar la existencia social. Dichas consideraciones expuestas por Freud en relación a la magnitud del trabajo como estructurador de la vida del individuo, a decir de Zarebski (1999) nos instalan en la significación inconsciente que adquieren sus avatares en el envejecer y en las posteriores perspectivas del retiro.

Así, de esta forma, nos posicionamos bajo la consideración que el trabajo permea al sujeto no solamente en el momento vital en la cual lo desarrolla, sino que se inscribe como categoría fundamental y decisiva de toda su experiencia vital. Trabajo que a decir de Castel (1997) representa una categoría no sólo económica sino también psicológica, cultural y simbólicamente dominante. De ello se desprende la consideración extendida y atribuida al viejo como inútil una vez desvinculado del proceso productivo. Consideramos de este modo la categoría trabajo como condicionante del envejecer del viejo, ahora en este caso pautado por su ausencia. Envejecer es un proceso integral, el cual retoma la propia experiencia singular de cada sujeto, *“(…) es un fenómeno natural que se refiere a los cambios que ocurren a través del ciclo de la vida (...), el mismo se define como un proceso natural, gradual de cambios y transformaciones a nivel biológico, psicológico y social que ocurre a través del tiempo”*.

(Sánchez, 2000:33). Las tres dimensiones identificadas en relación al envejecimiento se presentan de manera interdependiente a lo largo de toda la vida del individuo, incidiendo cada una de ellas sobre las otras. Consideramos por tanto que no podemos dejar a un lado la relevancia de la actividad productiva de cada uno de los sujetos, al momento de desentrañar los avatares del propio envejecimiento, ya que los atravesamientos por parte de éste sobre cada dimensión propuesta son permanentes e intensos. Ludi (2005) sostiene que es adecuado pensar que son las condiciones de vida las que marcan en última instancia las trayectorias individuales, determinando en definitiva el envejecer de cada individuo. A partir de ello, la autora esgrime que resulta equívoco suponer que puedan sucederse procesos de envejecimiento iguales.

Por lo anterior, decimos que el trabajo se constituye como un eje a partir del cual es posible analizar y comprender la experiencia vital, hacerla compartida, siendo decisivo en la adscripción del sujeto al colectivo social. Castel entiende que el individuo necesita de un conjunto de “soportes”, recursos y regulaciones colectivas, que garanticen en la medida de lo posible tanto su supervivencia material como su integración social. *“He propuesto una hipótesis general para explicar la complementariedad de lo que ocurre sobre un eje de integración por el trabajo (empleo estable, precario, expulsión del empleo) con la densidad de la inscripción relacional en redes familiares y de sociabilidad (inserción relacional fuerte, frágil, aislamiento)”*. (Castel, 1997: 418). En sociedades modernas, de corte industrial, bajo la ilusión del progreso ilimitado, el soporte que le permitió al individuo reproducir su existencia y su sociabilidad ha sido fundamentalmente el trabajo. Hacemos referencia a ello en pasado, ya que se verifica hoy un agotamiento, una ruptura de dicho soporte, que bajo la égida capitalista no encuentra sustitutivo. De esta forma el modelo societal perdura, se enquistaba en mayor medida como estructurante de la vida del sujeto, viéndose lesionados los esquemas del principal soporte de integración del mismo. En palabras de Castel, presenciamos la caída y desvanecimiento de la sociedad salarial en forma dramática. Como lo exponíamos anteriormente a través de Antunes (2000), no es otra cosa que la desregularización, flexibilización y tercerización del trabajo, conllevando precariedad, inestabilidad, incertidumbre al principal reproductor de la condición humana. Al problematizar el proceso de envejecimiento que vivencian hoy los viejos, con la ineludible desvinculación del mercado laboral, no podemos dejar de tener en consideración los procesos subjetivantes y la producción de sentido que el trabajo otorga a lo largo de sus vidas,

aún más si nos interesamos por la jubilación de los mismos, cuestión que abordaremos a continuación.

Transitando el retiro del mercado laboral ¿sujeto desvinculado?

“El retiro es una compleja institución social, estrechamente relacionada con la economía, la familia, y el curso de vida de los individuos”

Robert Atchley

Al referirnos al sujeto desvinculándose –definitivamente- de su actividad laboral, lo estamos haciendo estrechamente ligado a su proceso particular de envejecimiento, adentrándose por tanto en su vejez. No es posible de ninguna manera establecer una generalización causal entre ambos sucesos y determinar equivalencia entre ellos, pero sí hallamos en sociedades caracterizadas como “avanzadas” una aproximación estremecedora, por la connotación e impacto que representa en el viejo.

En concordancia con la línea propuesta a lo largo del trabajo, Fericgla (1992) sugiere que al hablarse de jubilación, habitualmente se refiere socialmente a la misma como “retiro”, dado que el sujeto es apartado, retirado del mundo de la producción, siendo finalmente reemplazado por “otro” más joven. *“Es un hecho ampliamente verificado que la cultura designa la edad social de cada individuo y los papeles que puede, debería, se pretende, se desea o debe realizar obligatoriamente, y el sistema cultural lo indica o lo enseña a través de los ritos que jalonan el proceso de socialización que se inicia al nacer y se prolonga hasta la muerte”.* (Fericgla, 1992:121). De esta forma identificamos nuevamente la noción de sujeto “sujetado” [sentido dado por Foucault (1996), como sujeto atado a las relaciones de poder, de significación y de producción que lo ocasionan, y de las cuales él no puede ser partícipe sin un previo desmontaje de las tecnologías que lo han producido: Estado moderno, discursos, prácticas ascéticas]. Referimos entonces a un individuo “atado” a los condicionantes sociales -sometido y dependiente-, que le imponen un modelo protocolar de estructuración vital, como si habláramos de trayectorias vitales ya programadas, correspondiéndole al viejo al llegar a determinada edad – por lo general los 65 años- la jubilación. *“(…) la práctica de uno mismo se impone sobre un fondo de error, sobre un fondo de malos hábitos, sobre un fondo de deformaciones y de dependencias establecidas y solidificadas de las cuales es preciso desembarazarse (...) uno siempre está a tiempo de corregirse, incluso si no lo hizo en su época de juventud.”* (Foucault,

1996: 52". Este sujeto "sujetado" referido por el autor, implica significantes que indican una forma de poder que subyuga y somete. Como describe Foucault, poder de engendrar sujetos dentro de una estructura social asimétrica que mantenga las relaciones de dominación-sometimiento. De esta forma el sujeto –los procesos de subjetivación de hombres y mujeres modernos-, pasan por una trama de relaciones de poder ocasionada por los condicionantes sociohistóricos, determinando las posibilidades de lo que son.

Por lo tanto, como sosteníamos anteriormente, es posible establecer que la pauta cultural capitalista enlaza la jubilación con la vejez –tomando solamente su dimensión etaria-, se hace imprescindible la reflexión acerca de qué entendemos nosotros por vejez, de qué forma la concebimos, para señalar categóricamente la disconformidad en cuanto a la vinculación inexorable de dichos procesos. Nos posicionamos en la línea de Ludi, demarcándola como *"una construcción socio-cultural, sobredeterminada por dimensiones contextuales socio-económico-político-culturales que atraviesan la vida cotidiana; de allí que el envejecer sea un proceso particular y complejo, que comprende diferentes aspectos: físicos, biológicos, psicológicos, sociales y emocionales (...)"*. (Ludi, 2005: 32). Por esto sostenemos que la edad y sólo la edad no es condición suficiente para describir tanto a la vejez y el envejecer del sujeto, no significa en absoluto ello desconocer su incidencia como atributo de la misma, pero caracterizar al curso vital mediante etapas solamente fijadas por la edad, iguales para todos los individuos, no representa nuestro sentir. La autora mencionada refleja de forma sintética lo expresado *"(...) la edad no es una categoría per se, y las condiciones de vida van marcando diferentes trayectorias, así como la manera de envejecer"*. (Ludi; 2005: 41). A decir de Fericgla (1992) el conflicto entre la edad psicológica, social y cronológica en cada uno de los segmentos de edad en que se estratifican nuestras sociedades, representa una de las formas de disonancia más representativa del momento histórico actual, ejemplificado por la jubilación de excelente manera.

En nuestras sociedades, la jubilación se convierte así en elemento fundamental al momento de la construcción y significación de la vejez, entendida ésta como categoría social. *"En la actualidad, a cada uno no le llega la condición de persona mayor en función de sus diferentes condiciones físicas o trayectorias personales, sino que todas las personas entran en lo que se considera la etapa final del ciclo vital al mismo tiempo, un tiempo determinado socialmente y no biológicamente"*. (Mota López y López Maderuelo, 1998:148). Dicho tiempo se

corresponde con la edad de jubilación obligatoria, de forma que se acuña la categoría vejez enlazándola con la noción de inactividad.

El tránsito recorrido desde el abandono del mercado laboral hacia la determinación del sujeto como jubilado, representa indudablemente un hecho social. La jubilación transforma el papel económico y social del individuo –viejo- dentro de la sociedad en la que vive, fijándolo en un momento determinado de su ciclo vital. *“(...) en nuestra sociedad, los únicos ritos auténticos de separación son el ingreso en prisión, el divorcio y la jubilación, ésta es la que reúne unas características, más especiales, ya que no comporta una posterior reintegración a la estructura social de forma culturalmente programada: tiene menos posibilidades de reintegración al mundo socialmente valorado –el productivo- un jubilado que una persona condenada a cadena perpetua (...)”.* (Fericgla, 1992:120). El viejo encuentra de esta forma –impuesta-, un nuevo rol dentro del sistema económico productivo así como también en relación al plano social, teniendo habitualmente consecuencias relevantes en función al riesgo de exclusión social al que se enfrentan. Exclusión entendida como la ausencia de participación en los recursos económicos, sociales, políticos, culturales de los que sí disponen y participan otros segmentos de la sociedad. Como referíamos anteriormente en función de Castel, desafiliación como la ausencia de inscripción del viejo en estructuras dadoras de sentido. Mota López y López Maderuelo (1998) sostienen que el proceso fundamental que determina el mayor riesgo de exclusión social padecido por los viejos frente a los restantes grupos de población, es la retirada de forma obligatoria del mercado de trabajo, el cual en última instancia desvaloriza la significación social de los viejos. Éstos comienzan paulatinamente a interiorizar de pronto la categoría social en la que han entrado, asumiendo a su vez los valores socioculturales que la caracterizan. El cambio de rol del viejo del que hablábamos requiere (Lehr y cols, 1976 apud Quiroz 2000) un intenso esfuerzo de adaptación a esta nueva fase del curso vital individual y familiar. Se verifica que la satisfacción general en la vejez depende del éxito de este proceso de adaptación.

Si la jubilación connota frecuentemente riesgos como ser la exclusión hacia el viejo, modificaciones en cuanto al rol social atribuido, entre otros, entonces la vejez es “vista” como *“una construcción social en tanto cada sociedad le asigna un lugar, le atribuye particularidades en sus representaciones y le asigna o niega espacios sociales (...) es considerada como una etapa vulnerable por múltiples razones: con su advenimiento, la identidad sufre una crisis que*

tendrá como desenlace la búsqueda de nuevas opciones, nuevos valores y objetivos de vida (...)”. Crosetto (s/f). Dicha etapa se diferencia de otras por las pérdidas que el viejo comienza a encontrar de manera más frecuente. Así también es posible comprender la desvinculación respecto al mercado laboral. La transición de trabajador a jubilado es uno de los cambios más importantes que tienen lugar en los últimos años de vida. Implica la necesidad de adaptarse a un nuevo rol, la pérdida de contactos sociales formales, la pérdida de una base para la identificación personal (consideración del sujeto como productor), y a su vez por lo general determina una reducción en cuanto a los ingresos económicos y recursos disponibles. Dicha transición es uno de los cambios más significativos que irrumpe en la vida de los trabajadores, tanto por sus implicaciones para el individuo que la experimenta, para su familia y en última instancia para la sociedad toda. A decir de Moragas (1989) cada persona tiene una percepción diferente de lo que representa su jubilación y la forma en la que se afronte es determinante. “romper” con el mundo laboral posee significantes más amplios que el simple hecho de dejar de trabajar. Así las modalidades de encarar la vida en la vejez son el resultado de categorías cognitivas con las que los viejos se perciben a sí mismos y al colectivo social, favoreciendo o perjudicando según ellas las interrelaciones con los demás grupos etarios.

El individuo en un entramado complejo, abierto e históricamente dinámico: Familia

De los avatares de la jubilación, impacto suscitado en la familia

“Sin una familia, el hombre, solo en el mundo, tiembla de frío”

André Maurois

Al comenzar a desentrañar la noción de familia es importante considerarla como una categoría histórica, que se ha ido transformando a través de distintas épocas, adaptándose a las particularidades históricas coyunturales, en la cual el posicionamiento del sujeto –desde los orígenes del concepto- guarda estrecha relación con la actividad productiva del mismo. A su vez, la inscripción particular del viejo a su entorno familiar en la actualidad dista enormemente del que se concebía en el pasado, debido a dos razones principales. Por un lado la dinámica familiar se percibe en permanente cambio, modificaciones expresadas en nuevos arreglos familiares. Por otro lado y no menos relevante, es que el fenómeno que nos convoca a lo largo del trabajo, es decir la noción de jubilación a partir del retiro formal del mercado de trabajo, es a decir de Agulló Tomás (1999) que encuentra su génesis en los cambios del siglo XIX que transformaron la sociedad agrícola del momento en sociedad urbana e industrial, donde la tecnificación del trabajo era cada vez más patente.

Anteriormente a dicho período, la jubilación no existía como tal, era reservada para aquellas circunstancias en las cuales el viejo no podía seguir desempeñando las tareas que le correspondiesen –habitualmente debido a impedimentos de orden físico-. Por ser las familias y no la fábrica e industria los núcleos fundamentales de producción, la persona mayor no era apartada del trabajo, sino que simplemente, adoptaba nuevas tareas y nuevos roles. De esta manera vivenciaba todo su envejecer bajo una significación propia y de los integrantes del núcleo familiar de “utilidad”, con lo cual mantenía su valor al interior del mismo. La desvinculación formalizada de la actividad productiva, de carácter forzoso, tomando en consideración la edad cronológica como única dimensión del envejecer del sujeto, sin otra cosa que representar una “expulsión” del viejo, atribuyéndosele su condición de improductivo, lo posicionará al interior del núcleo familiar de una forma increíblemente distinta respecto a aquellas sociedades descritas. Abordaremos más adelante lo relativo a la forma en la cual los procesos de industrialización de organizar la producción determinan dicho relegamiento del viejo; social, familiar, e incluso personal.

Engels (1986) hace referencia en su planteo a la familia como producto evolutivo dialéctico, desechando de plano la posibilidad estática de la misma en cuanto a su representación. Al decir evolutivo, no lo hace como simple devenir natural, sino que es el accionar del sujeto, en tanto construcción histórica el que influencia y determina en última instancia la noción de familia. Es desde el materialismo histórico, que establece una correspondencia entre períodos o coyunturas históricas –pautadas por la organización de los modos productivos- y los determinados arreglos familiares que los caracterizan. A partir de lo expresado por el autor, la dinámica familiar en sus diferentes expresiones, ya sea vínculos, redes de parentesco y posición individual de los integrantes, refleja el modo de producción dominante, correspondiéndole a cada etapa histórica una determinada estructura familiar. Como ejemplo de ello, el autor menciona *“El hombre va a la guerra, se dedica a la caza y a la pesca, procura las materias primas para el alimento y produce los objetos necesarios para dicho propósito. La mujer cuida de la casa, prepara la comida y hace los vestidos (...). Lo que se hace y se utiliza en común es de propiedad común: la casa, los huertos, las canoas. Aquí, y sólo aquí, es donde existe realmente "la propiedad fruto del trabajo personal"”* (Engels, 1986:91). Dicho fragmento es ejemplificante del período enmarcado respecto a los estadios incipientes de civilización, -deviniendo a partir de dicho punto en una manifestación posterior-, en el cual se desarrollan principalmente la ganadería y la agricultura, influyentes a su vez del posicionamiento tanto del hombre como de la mujer al interior de la familia.

Describe Engels el proceso que facilitó la concepción monogámica familiar, enlazándola también a determinada coyuntura particular productiva, *“(...) el paso a la propiedad privada completa se realizó poco a poco, paralelamente al tránsito del matrimonio sindiásmico, a la monogamia. La familia individual empezó a convertirse en la unidad económica de la sociedad”*. (Engels, 1986:94). Este tipo de ordenamiento familiar, suele corresponderse de forma habitual al “nacimiento” de la civilización, respecto a su manifestación actual.

Como mencionamos, la familia ha sufrido cambios relevantes –y lo seguirá haciendo-, los cuales surgen primordialmente de diferentes procesos históricos. En nuestra problematización nos detendremos en lo concerniente a lo provocado por los procesos crecientes de industrialización, lo que se conoce desde el punto de vista histórico como modernidad. *“(...). En la medida que esta institución social es creada y transformada por hombres y mujeres en su*

accionar cotidiano, individual y colectivo es posible de cambios que se vinculan a los diferentes momentos históricos y por tanto a las necesidades de las diferentes sociedades”. (Iens, I. 2000:79).

¿Es posible “pensar” la familia como institución autodeterminada?

“La familia es el castillo del que partimos y nuestro último reducto. Cuando se quiebra, caemos en la despersonalización más absoluta”
José Alonso de Santos

El proceso jubilatorio, correspondido con el retiro del mercado de trabajo por parte del viejo, y la consecuente pérdida de su “rol productor”, no será vivenciado únicamente por quien lo desarrolle, sino que implicará a su entorno familiar más directo en gran manera, ya que modifica sustancialmente las pautas relacionales, la cotidianeidad -no solo- del viejo jubilado como también su adscripción al núcleo familiar. *“En nuestra sociedad, y desde un punto de vista antropológico, el concepto de vejez, al margen de la relación directa con la edad cronobiológica o natural de cada individuo, está intrínsecamente determinado por el proceso de producción, por el consumo de determinadas tendencias, y también por los ritmos vitales impuestos por la industrialización”. (Fericgla, 1992:71-72).* Partiendo de dichas consideraciones entendemos que la referencia hacia el sujeto envejecido, relevado de su condición como productor, modificará su inserción dentro del recinto familiar. Allí, donde se desenmascaran estos acontecimientos, identificamos también los dinamismos propios de los avatares familiares, consolidando la idea que la familia se re define en función de procesos sociales, económicos, políticos específicos; *“Cambia la familia, cambia el contexto, cambian las representaciones, por lo tanto la identidad subjetiva individual y la identidad familiar no son inmutables; esto no quiere decir que no esté condicionada por modelos socio-culturales hegemónicos respecto al deber ser en la sociedad, modelos que no son estáticos pero se imponen socialmente desde las exigencias materiales y desde los constructos sociales simbólicos (...)”. (De Jong, et al, 2010:17).*

Pretendiendo adentrarse en la complejización del individuo moderno, y su inscripción en soportes colectivos que permitan su integración al colectivo social, Lasch (1991) tomará como punto de partida la significación de la categoría familia, deteniéndose sobre las implicancias que dicha institución determina en la vida social de cada sujeto particular. En el cambiante proceso

de reproducción social del individuo, sin duda la “crisis de la familia” tiene incidencia preponderante. “(...) os mesmos acontecimentos históricos que tornaram necessário estabelecer uma vida privada- especialmente a família-como refúgio do mundo cruel da política e do trabalho, como santuário emocional, invadiram este santuário e o submeteram ao controle externo”. (Lasch, 1991:24). A decir del propio autor, bajo la extensión y dominio del sistema capitalista, la familia encontró sustento ideológico y condición de realización en el concepto de vida doméstica, en tanto refugio emocional, afectivo respecto a una sociedad fría y competitiva, dando por sentado una separación absoluta entre trabajo y tiempo libre, entre vida pública y vida privada.

En su afán de comprender la complejidad del debilitamiento de la familia, detiene su atención en los diferentes procesos económicos, políticos, sistemas de producción, es decir el impacto de los mismos sobre la institución familia. Expresa de forma contundente que son las mismas fuerzas que empobrecen el trabajo las que invaden y condicionan la vida privada, y en última instancia a la familia en su conjunto. La socialización de la reproducción, expresada en el control ejercido en toda esfera de la vida del trabajador, es parte fundamental de la explicación de la transformación en la familia, afectando la “vida” familiar y lazos afectivos al modificar sustancialmente sus prácticas y rutina laboral. Destaca Lasch, que es el capitalismo lo que separó la esfera de la producción del ámbito familiar, destruyendo así la asociación entre el trabajo como forma de ganarse la vida y los lazos afectivos y familiares. Aquí podemos entonces identificar nuevamente como es a partir de la incipiente modernidad, que el viejo comienza a quedar relegado, tanto en el plano productivo, social y sobre todo al interior del seno familiar. “La familia condiciona a cada uno de sus integrantes en cuanto a la construcción de sus representaciones y es a su vez condicionada por las relaciones sociales de producción económica, cultural y social, pero también cada sujeto incide en la familia (...)”. (De Jong, et al, 2010:20).

Es el mercado el que configura el principal atravesamiento que condiciona a la familia, como también el que determina en definitiva las “posiciones” de los integrantes en ella, y ese mercado regula los restantes atravesamientos institucionales como el trabajo, la sexualidad, la educación y demás. Todos estos componentes confluyen complejizando la vida familiar. Como expresa Fericgla “En sociedades industrializadas se da el tipo de <ancianidad aislada> que, en

un sentido amplio, se podría considerar paralela a la actitud de las sociedades cazadoras-recolectoras hacia los ancianos. (...). Entre los pueblos primitivos cazadores-recolectores, el límite a partir del cual se elimina a los ancianos está en relación directa con la supervivencia del grupo; en las sociedades industrializadas, el límite a partir del cual la familia se desentiende de los ancianos está en relación con el confort de las generaciones productoras". (Fericgla, 1992:60).

Es en el devenir del retiro del mercado laboral, que se verifica una reconfiguración total en cuanto al "posicionamiento" del viejo al interior del núcleo familiar. En dicho proceso, identificamos la necesidad imperiosa de su readaptación, en función de las vicisitudes socioeconómicas históricas, incidiendo sensiblemente sobre el rol de éste al interior de la familia. Tomaremos los aportes de Bertaux concernientes al desarrollo de los "modos de vida", para significar de esta forma la adscripción singular del viejo al interior del núcleo de la vida familiar, en sociedades industrializadas modernas. Dicha categoría de análisis presentada por el autor *"(...) debe concebirse primeramente como modos de organización de la producción familiar de energías humanas. En relación con ellas (con las energías humanas) las familias son concebidas no como unidades de consumo pasivo sino como unidades de producción, que producen las energías (materiales, culturales y morales) de sus miembros. Las relaciones ciertamente complejas entre los miembros del grupo familiar están sostenidas por relaciones de producción que se han convertido en necesarias para la organización de la producción antropológica familiar". (Bertaux, 1983:73).* De esta forma atribuye tanto a la producción como al consumo de cada persona, un determinante en su "posición en la familia", elaborando una base materialista para analizar a la misma. A decir del autor, lo fundamental de dicho concepto, es que representa un proceso ineludible que reproduce cotidianamente una estructura fija, que a su vez perpetúa el orden "fijo" del sujeto en todos los ámbitos, al lugar de trabajo, en su lugar social y por consiguiente al interior de la familia.

Lo expuesto por Bertaux reviste suma importancia en la nueva ubicación del viejo en la familia, desvinculado del proceso productivo, su incorporación a la vida familiar deberá reconfigurarse, *"El modo de producción capitalista adapta la estructura familiar a las necesidades laborales, y el anciano pierde el conjunto de sus funciones sociales. (...). Así el*

importante referente que sigue siendo para el anciano la familia se disuelve (...)”. (Fericgla, 1992:252).

A partir del desarrollo teórico del concepto de antropomía, es que se hace posible visualizar en Bertaux las peculiaridades del proceso de reproducción humana, introduciendo materialidad al interior de la relación familiar. *“Este término, reitero; se refiere tanto a la producción inicial de un ser humano como al proceso continuo de reproducción cultural y material y a la transformación en el tiempo, esto es, a través de la práctica socio-histórica. Gran parte de este proceso tiene lugar en el interior de una institución en particular, la familia”.* (Bertaux, 1997-1998:93). El acercamiento a la reproducción social del sujeto en la familia, es entonces abordado desde una perspectiva histórica, confiriéndole suma importancia a los avatares sucedidos en los modos de producción que han impactado en las distintas funciones y formas de organización. No debemos dejar de considerar que la familia es la entidad por excelencia que forja y moldea la personalidad, carácter y cotidianeidad del individuo. *“Desde este punto de vista, la distribución aparece como un proceso mediador entre la producción y el consumo; el concepto de producción-distribución-consumo de las personas surge, por lo tanto, como un proceso completo”.* (Bertaux, 1997-1998:90).

A partir de lo expresado, entendemos a la familia como producida y productora, inmersa en un sistema social de relaciones materiales y simbólicas, de donde provienen los modos de entender a la misma. El viejo en tanto sujeto envejeciente-perspectiva que otorga historicidad en tanto trayectoria de vida-, deberá re anclar su vinculación con los lazos familiares, aprehendiendo los cambios suscitados bajo su nuevo rol designado al interior de la misma. Ludi considera a la vejez como *“(…) una condición humana, como proceso de envejecimiento y momento de la vida de una persona, con sus limitaciones y posibilidades de adaptación activa ante los cambios que la posicionan en una situación diferente, nueva, desconocida; que lo sitúan en un espacio de tensión (...)”.* (Ludi, 2005; 25-26). Dichos cambios se producen de forma diferente para cada viejo, pasibles de ser asociados a la condición de sujeto envejeciente. La misma autora hace énfasis en que el mismo proceso de envejecimiento constituye una experiencia singular, concreta, “marcada” por las huellas de trayectorias de vida. Una vez señalado el modo en que se determina el posicionamiento y ubicación de cada individuo al

interior de la estructura familiar, abordaremos la inscripción del viejo en la misma, referenciada siempre desde su desvinculación del ámbito formal de producción.

Socialmente el viejo es “desechado”, y la familia ¿lo reafirma?

“Los hombres piensan que dejan de enamorarse cuando envejecen, sin saber que envejecen cuando dejan de enamorarse”
García Márquez

Una vez expuestos los cambios producidos al interior de la familia, en función de la asimilación del devenir económico, político –coyuntural- con sus implicancias en cuanto a la “organización” y “estructuración” de la vida cotidiana de sus miembros, es preciso detenernos en la repercusión sobre el rol del viejo en la misma. Transitando dicho proceso que lo sitúa como jubilado, al viejo considerado en función de lo que produce, suele atribuírsele la denominación de inútil, improductivo, representando muchas veces un “estorbo” y una carga para la familia. *“Según el paradigma básico de nuestras culturas, y a partir del ethos materialista dominante, podemos afirmar que el ser humano es medible en dinero, y la edad de cualquier individuo es una de las determinantes básicas para establecer su precio, lo que convierte a los jubilados en individuos negativos (...)”.* (Fericgla, 1992:73). En términos generales, la actitud y disposición más frecuente de la familia hacia el viejo, está estrechamente condicionada por el potencial económico del mismo, como también del resto de los integrantes de su familia. Es adecuado tener siempre presente como dice Fericgla, que el ethos de los adultos los orienta hacia actividades relacionadas con la producción –trabajo-, por lo que dedicar tiempo, atención y estar más a menudo junto a ellos, y en las ocasiones que sea necesario brindar ayuda, representa apartarse del ritmo normal de vida impuesto.

Así tanto el viejo como su familia, viven momentos de transición que deben atravesar en ocasión de la jubilación del primero y lo que ello implica, sobre todo al interior del ámbito familiar, a partir de su nuevo rol en ésta. *“(...) a partir de la jubilación, se ven reducidos a desempeñar oficialmente un rol de segunda importancia en el seno familiar, ya que no pueden seguir decidiendo y ejerciendo (aunque lo hagan de facto) como cabezas de núcleo doméstico de producción, que va muy unido al orden familiar (...)”.* (Fericgla, 1992:134). Este suceso indudablemente marca una ruptura entonces al interior de los lazos íntimos, posicionando en la

gran mayoría de los casos al viejo en desventaja frente a otros miembros. Es frecuente de no verificarse una correcta asimilación por parte de éste, que existan inconvenientes para “acomodarse” al nuevo panorama, pudiéndose provocar situaciones dramáticas e incluso no satisfacer sus expectativas presentes. Se constata que el viejo tras abandonar su rol “productor” queda “relegado” en la organización familiar, como expresa el autor es desplazado por los miembros que asumen dicha responsabilidad, viéndose modificada la dinámica, toma de decisiones, asunción de tareas que pautan el vivir cotidiano familiar.

Resulta apropiado ante el abrupto cambio descrito en relación al posicionamiento del viejo en el seno familiar, hacer mención al sentir de éste dentro de la misma. Moragas (1991) hace referencia a que para los viejos la familia continúa siendo la estructura central de sus referentes sociales. Es un hecho que reviste suma importancia, ya que suelen “aceptar” dicho desplazamiento, nuevo rol en contraposición al poseído anteriormente. La complejidad nos dice el autor, abre camino en la forma en la cual es asumido y vivenciado este desplazamiento, si posee connotaciones negativas en el viejo puede ser comprendido como relegamiento familiar, sintiéndose abandonado por ella. En concordancia con ello *“En la constitución de representaciones de objetos, en este caso la familia, operan fuertemente imágenes significantes (...) donde interjuegan la experiencia individual, familiar y social de cada sujeto. A partir de esas imágenes significantes, múltiples y heterogéneas los sujetos construyen significados acerca de la familia...es el modo en que cada sujeto organiza y significa su experiencia y construye una forma de encuentro con lo real”*. (De Jong, et al, 2010:11). De esta forma la adscripción del viejo a la familia debe remitirse a una consideración del escenario familiar concebido como una trama de vínculos en permanente movimiento.

En referencia a lo mencionado por Moragas respecto a que para el viejo la familia permanece como principal referente vincular, resulta paradójico lo planteado por Fericgla al mencionar que para la mayoría de las familias el viejo representa una irregularidad estructural, asimilada de acuerdo a la influencia de determinadas variantes, como ser el componente afectivo y los ingresos económicos del núcleo familiar. *“Cómo se adapta la familia al cambio y cómo traduce el impacto de cambios estructurales más amplios a su propia esfera de influencia son cuestiones clave en la interrelación familia-cambio social, y aún no han sido estudiados a fondo”*. (Hareven, 1995:120).

Viejo jubilado ¿en adelante como sujeto jubilado?

Ligado a idénticas estructuras ¿cotidianeidad impuesta o construida?

“Hacia que todo lo que estaba sucediendo en ese momento fugaz pareciera tener más que ver con un sueño vaporoso que con la realidad, tan llena de aristas, de la vida cotidiana”

John Verdon

El viejo en tanto sujeto jubilado, considerado desde el plano económico como improductivo, encontrándose despojado en forma abrupta de su antiguo rol desempeñado, viendo limitados los ámbitos de participación e inserción social en los cuales es posible reconocerse como individuo, encuentra una ruptura con su cotidianeidad. La desvinculación del mercado laboral configurándolo como jubilado no deja de representar una pérdida, siendo la elaboración de la misma afrontada no solo por el viejo sino por todo el seno familiar íntimo.

Transitando dicho periplo, el viejo deberá re adaptarse y vincularse de un modo distinto al interior de la familia, ya que las estructuras condicionantes de la posición de cada uno de los miembros permanecen incambiadas. Dicha noción, abre paso a la consideración acerca de la ruptura vivenciada por parte del viejo en su cotidianeidad –ya no como sujeto productor sino como jubilado-. La importancia de considerar a la vida cotidiana como eje temático se basa en que es una categoría intrínseca al ser humano, siempre presente en el desarrollo de los individuos, siendo el “espacio” definitivo donde transcurre nuestra vida. Resulta adecuado al momento de significar e intentar aproximarse a la “nueva” cotidianeidad del jubilado, referir a como ésta lo permeaba en su singularidad antes del pasaje a dicho estadio, con el propósito de señalar la magnitud que representa dicho suceso en la trayectoria del sujeto.

Para ello tomamos lo aportes de Bertaux, el cual reflexiona acerca de la misma; *¿En qué se convierte entonces la vida cotidiana? Aparece como el desarrollo en el tiempo del modo de vida, como modo de organización no de la “vida cotidiana” sino de la producción antropológica familiar, que se vuelve entonces el concepto central”. (Bertaux, 1983:74).* De esta forma podemos apreciar como bajo el dominio del sistema productivo actual, es determinada la inserción del viejo en la familia a partir de su capacidad productiva, influenciando su cotidianeidad. Así podemos ver reflejado como el sentido de las prácticas cotidianas es solamente comprensible dentro de un modo de vida dado, es decir bajo la forma en la cual la

familia organiza y estructura la producción antroponómica. Nos dice el propio autor que los distintos modos de vida en ningún caso son azarosos, sino que por el contrario se adscriben a estructuras estables que no se construyen de forma aislada, sino que son objeto de movilizaciones familiares. A partir de lo expuesto por Bertaux, distinguimos nítidamente como la actividad productiva, es decir lo que el hombre hace –como vimos anteriormente lo que es– configura su vida cotidiana. En referencia a los modos de vida nos hace tener presente *“Estos no corresponden por otra parte a una <esencia> de la vida familiar: provienen de las dos formas contemporáneas en que se estructuran los tiempos exteriores a las familias: el trabajo y la escuela. Los que escapan a su compromiso tienen la posibilidad de organizar de otra manera muy distinta su vida cotidiana”*. (Bertaux, 1983:74). Es en definitiva el modo de vida el que debe ser guía al momento de suscitarse una reflexión acerca de la noción de la vida cotidiana. Por tal motivo entendemos entonces que la condición de sujeto desvinculado de su actividad laboral trasciende el mero ámbito de producción, de proveedor principal de ingresos dentro del núcleo familiar, sino que el “pasaje” a la demarcación como jubilado con la carga peyorativa que además conlleva, tiene fundamental incidencia en la estructuración de la vida cotidiana del viejo.

Consideramos inapropiado imaginar que en sociedades en las cuales las familias son concebidas como unidades de producción, el retiro del viejo del mercado laboral no afecte en modo alguno la relación y vinculación al interior del grupo familiar, que dicho suceso no invada y condicione su cotidianeidad. No solamente la suya, sino que como mencionamos anteriormente la reconfiguración de los lazos con los restantes miembros abocará a todos los integrantes de la misma, la jubilación por tanto afecta tanto al viejo como a su entorno próximo. A decir de Bertaux (1983), las relaciones más complejas y cercanas entre los miembros del entramado familiar se encuentran sostenidas por relaciones de producción, necesarias e indispensables para delimitar el modo de vida de ésta.

Observada la ruptura en la cotidianeidad del viejo, a partir de su desvinculación laboral definitiva, la “reconfiguración” de la misma se sucederá de forma dinámica, compleja y muchas veces hostil, tanto para el viejo como para la familia toda. Heller concibe la vida cotidiana como *“(…) la vida del hombre entero, o sea: el hombre participa en la vida cotidiana con todos los aspectos de su individualidad, de su personalidad. En ella se “pone en obra” todos sus sentidos, todas sus capacidades intelectuales, sus habilidades manipulativas, sus sentimientos,*

pasiones, ideas, ideologías”. (Heller, 1985: 39). El proceso vivenciado por el jubilado, ubicado socialmente desde el punto de vista económico como pasivo, inútil y NO productor, indudablemente pone en juego aspectos ligados íntimamente a su individualidad, a su condición como sujeto. Como hemos mencionado, representa una pérdida de suma trascendencia en la vida del mismo, pero en modo alguno suspende el viejo su vida cotidiana. A decir de la propia autora la misma se vive sin excepción alguna, cualquiera sea el lugar que al individuo le asigne la división del trabajo, a tal punto que nadie puede identificarse con su actividad humano-específica llegando a desprenderse enteramente de la cotidianeidad. Este aspecto señalado por Heller es medular, al cual adscribimos emotivamente, el cual considera al sujeto en tanto éste trasciende su función y desempeño como “productor”, su ser específico – particular como menciona la autora se representa y desenvuelve en la vida cotidiana. *“La vida cotidiana es-como toda otra objetivación- un objetivarse en doble sentido. Por una parte (...) es el proceso de continua exteriorización del sujeto; por otra es también el perenne proceso de reproducción del particular”*. (Heller, 1987:165).

Incorpora y moldea su cotidianeidad el individuo a través de diferentes agentes socializantes; como la familia y los grupos de pares. En definitiva la vida cotidiana de todo hombre está compuesta por la organización del trabajo, ocio, las relaciones sociales y su vida personal. Es posible vincular esto expuesto por Heller con la configuración de la nueva vida cotidiana del viejo, el cual debe reinsertarse al seno familiar de un modo alternativo, además de perder gran parte de relaciones acaecidas en el mundo laboral, y fundamentalmente donde el ocio no se define de ahora en adelante en oposición al tiempo de trabajo, sino que el mismo adquiere centralidad en su cotidianeidad.

Esto último relacionado a los desencadenantes que determinan la re adaptación del viejo a raíz de su jubilación, configurando una nueva cotidianeidad, es posible visualizarlo y comprenderlo a partir de la tríada conceptual presentada por Carrasco (1983) referida a *sujeto-concreción-situación*. Ante todo nos dice que es una noción que implica una forma de posicionarse ante el otro. El hombre es un ser concreto en situación, significa por tanto que la persona es inseparable de la situación en la que vive. El contexto pauta las particularidades del desarrollo de cada sujeto, no las determina en el sentido de que no es algo inmodificable. *“Percibiendo al hombre como <ser en situación> lo estamos al mismo tiempo concibiendo*

como sujeto y objeto de la historia, producto y productor de la misma, receptor y transformador potencial de la situación en la que vive”. (Carrasco, 1983: s/p). La situación en la que el ser se configura está fuertemente influenciada por los hechos y acontecimientos que rodean la existencia del ser. En el presente trabajo identificamos nítidamente la forma en la cual el proceso jubilatorio afecta la singularidad del viejo de forma relevante, permeando cada esfera de su vivir cotidiano. Carrasco (1983) hace alusión a la cotidianeidad como la experiencia concreta de cada instante, de la cual el hombre toma todos los elementos para conformar el modelo de su propia vida, de su propia identidad, de la naturaleza y significado de sus actos y la visión del mundo que lo rodea”.

El viejo se redefine, se “acomoda” a las vicisitudes que pautan la experiencia concreta en un momento dado, es preciso señalar que el proceso jubilatorio oficia de hito trascendente, el cual opera en cada plano de su cotidianeidad. Expresa Heller *“El individuo organiza su cotidianidad de un modo tal, que estampa en ella la marca de su individualidad, de esa individualidad que viene a ser hecha posible por la síntesis de la orientación general en el sentido de la especie y de las circunstancias individuales”*. (Heller, 1994:14). El tiempo en la vida cotidiana adquiere carácter antropocéntrico, a decir de la propia autora es percibido simplemente como el ahora, el cual obra como sistema de referencia para el sujeto particular, configurando su cotidianeidad en estrecha dependencia a los acontecimientos vivenciados en el presente-en el aquí- en situación concreta.

Hemos destacado la centralidad que tiene en la vida cotidiana la labor productiva del sujeto, la forma en la que impacta la jubilación del viejo en la organización y configuración de la misma –para sí y su familia-, como también como en ella se plasman cada uno de los aspectos de su individualidad que la determinan, en una interfaz recíproca afectándose mutuamente. Queda latente así, la reflexión acerca de la posibilidad real del jubilado en configurar su nueva cotidianeidad, siendo el viejo partícipe pleno de ello, no mero espectador de las circunstancias dadas en forma impuesta. Es la misma Heller que refleja notablemente dicho aspecto *“Pero las formas necesarias de la estructura y el pensamiento de la vida cotidiana no deben cristalizar en absolutos, sino que tienen que dejar al individuo un margen de movimiento y posibilidades de desarrollo. Si esas formas se absolutizan y dejan de posibilitar un margen de movimiento, nos encontramos con la extrañación de la vida cotidiana”*. (Heller, 1985:64).

Viviendo su vejez, el viejo se construye una y tantas veces en sujeto

*“La infancia es un privilegio de la vejez. No sé por qué la recuerdo
actualmente con más claridad que nunca”*

Mario Benedetti

Desvinculado del ámbito productivo, el viejo categorizado como jubilado, encontrará súbitas modificaciones en su vivir cotidiano que permearán toda su cotidianidad, desde cambios en la vinculación y posicionamiento en el seno familiar, en las actividades desarrolladas habitualmente, en la disposición y reorganización del uso del tiempo como tal –destacándose la incidencia del tiempo libre/ocio-, entre otras. De esta forma es posible señalar que la vejez implica múltiples cambios en toda la existencia del viejo, dando cuenta de una reorganización más o menos general en la vida de éste. Lo medular en el cometido de problematizar la sucesión de dichos cambios en la vejez, radica en no asociarlos en forma única y exclusiva a la dimensión cronológica o biológica del sujeto (dando cuenta del ciclo vital), sino como hemos mencionado, tomarlo desde la perspectiva de sujeto envejeciente en constante desarrollo. Nos posicionamos de esta forma en concordancia con los postulados que enmarcan la vejez dentro del “curso de vida” del individuo. El mismo *“sustituye la metáfora utilizada por la Gerontología Tradicional de ciclos, etapas o estaciones de la naturaleza por la noción de curso que posee una clara connotación de recorrido, apertura, continuidad, trayectoria e indeterminación”*. (Bauman, 2008 apud Yuni, 2011:33). Así el desarrollo humano se considera como un conjunto de procesos diversos y en continuidad que se despliegan a lo largo de toda la existencia vital, iniciando con el nacimiento y culminando con la muerte.

Entendemos fundamental, circunscribir la vejez a la noción de curso vital como antagónica a la de etapa. De esta forma es posible asociar el desarrollo humano con un modelo explicativo que da cuenta del dinamismo y variabilidad del sujeto, no siendo dicho proceso de carácter finalista, sino que se configura por la trayectoria vital, acontecimientos trascendentes, como elecciones tomadas por el individuo. Debido a dicha conceptualización sobre el desarrollo humano, el curso de vida en relación a la noción de ciclo *“es menos regularizado, mucho menos estandarizado y se define por las experiencias de cada vida en forma singular y con un anclaje histórico más personal”*. (Monk, 1994 apud Yuni, 2011:45). Así cada sujeto “despliega” una senda vital diferente, marcada por su trayectoria particular individual. A decir de Yuni (2011) lo

novedoso al hablarse de curso de vida, es justamente que ésta puede ser considerada una teoría gerontológica, la cual integra los aspectos bio-psico sociales del envejecimiento, abarcando las distintas dimensiones del proceso vital. Considerar la vejez en términos de Ludi, se identifica de forma notable bajo esta consideración de curso vital, enfatizamos lo ya mencionado por parte de la autora como “(...) *momento de la vida de una persona, con sus limitaciones y posibilidades de adaptación activa ante los cambios que la posicionan en una situación diferente, nueva, desconocida; que lo sitúan en un espacio de tensión (...)*”. (Ludi, C. 2005; 25 y 26).

Por otra parte, al reconocer y destacar la trayectoria y recorrido que entraña la noción de curso vital, determinándose la singularidad, identidad y subjetividad del viejo en base a la misma, no hacemos otra cosa que aludir a lo que expresa Ludi con el término “*situaciones de vejez*”. A través del mismo es posible deconstruir los procesos de envejecimiento particulares del sujeto, que sí tendrá elementos comunes pero en ningún caso será idéntico en ningún viejo. “*Cuando nos referimos a situaciones, hacemos hincapié en aquellas condiciones estructurales y contextuales, atravesadas por dimensiones sociales, económicas, políticas, culturales e históricas (...). Hacemos referencia a situaciones personales, particulares, singulares de viejos (...)*”. (Ludi, 2005:41-42). Es preciso establecer la correspondencia con lo descrito acerca de la imprescindible consideración del sujeto como ser-concreto-en situación presentada por Carrasco (1983).

Si entendemos que es a la luz del curso de vida, la forma de “recuperar” y singularizar la vejez acaecida en el sujeto, estamos evocando la incorporación de la expresión de continuidad en su trama vital. Ello no implica desconocer los permanentes cambios que a su vez moldean –y moldearon– la identidad y subjetividad en el sujeto, expresados en acontecimientos trascendentes, sino que permite problematizar la vejez en tanto lo que el viejo fue, es ahora y a su vez construye. Heller (1994) hace referencia a la continuidad como la toma de conciencia de que nuestros eventos de cambios de circunstancias se vinculan en un sentido de historia personal, y que aun cuando forjamos nuevos sentidos sobre nosotros mismos, se asocian en gran medida por nuestro pasado. “*Como vemos, hablar del Curso de la Vida, es establecer una interrelación dinámica entre pasado, presente y futuro*”. (Yuni, 2011:56). En definitiva el propósito de la noción de continuidad es otorgar un sentido de anclaje, de pertenencia, que posibilita afianzar la identidad personal.

Vejez “Algo nuevo bajo el sol”

“Nadie envejece sólo por vivir un número de años; la gente envejece al abandonar sus ideales; los años arrugan el rostro pero perder el entusiasmo arruga el alma”
Cicerón

Habiendo significado al trabajo –actividad productiva-, como pilar principal de la adscripción del individuo a su núcleo familiar, sometidos éstos a los imperativos de una sociedad de mercado que estructuran las relaciones y lazos familiares, nos detendremos –tomando a Sartre- en una noción de suma relevancia en pro de problematizar la cotidianeidad del viejo jubilado, desvinculado de su actividad laboral. Destacamos anteriormente la necesidad de naturalizar la vejez desde la perspectiva de curso vital, siendo un estadio del desarrollo humano- caracterizado por transiciones vitales-, existiendo períodos de estabilidad y otros de incertidumbre. Esta posibilidad de comprender a la vejez a partir de que cada sujeto presenta una senda vital distinta, trazada a partir de patrones de bifurcación individual –huellas de la trayectoria realizada- en interrelación con intereses, expectativas y condiciones del sujeto, habilita la concepción del tiempo futuro e instaura la idea de proyecto para el viejo, Yuni (2011).

Sartre establece que el hombre se define por su proyecto, por la “superación” de una situación. “(...) *la más rudimentaria de las conductas se tiene que determinar a la vez en relación con los factores reales y presentes que la condicionan y en relación con cierto objeto que tiene que llegar y que trata de hacer que nazca. Es lo que llamamos el proyecto. Definimos de esta manera una doble relación simultánea, en relación con lo dado, la praxis es negatividad: pero se trata siempre de la negación de una negación; en relación con el objeto que se quiere alcanzar, es positividad, pero esta positividad desemboca en lo ‘no existente’, en lo que nunca ha sido aún.*” (Sartre, 2004: 77-78). El viejo debe re adaptarse tanto a las modificaciones que el devenir histórico impone sobre la familia, como a su “nueva” cotidianeidad signada por la desvinculación del mercado productivo, la cual incide sensiblemente sobre la primera. El proyecto es entonces praxis individual y ésta es negación de la realidad rechazada, procurando producir otra; por lo tanto el individuo se supera a raíz de una negación de una situación dada. La noción presentada da cuenta en definitiva de una nueva posibilidad, en la que el viejo tras “abandonar” su condición anterior como productor, procura una nueva objetivación, reproducción en definitiva de su ser particular. El proyecto es “*al mismo tiempo fuga y salto*

adelante, negativa y realización, mantiene y muestra a la realidad superada, negada por el mismo movimiento que la supera (...) el hombre es producto de su producto.” (Sartre, 2004: 78). De esta forma es factible apreciar cierta interrelación entre la teoría del curso de vida con la noción Sartriana de proyecto, siendo éste esa instancia que, anclada en el pasado, vuelca al sujeto hacia el futuro, superando las contradicciones dadas de la situación. Encontramos reflejada dicha asociación en el autor, manifestando, *“Para volver a encontrar el sentido de este <arranque hacia...>, nos ayudará el conocimiento de todas las capas significantes que atravesó, que desciframos como huellas suyas y que le llevaron a la objetivación final”.* (Sartre, 2004:117). No resulta posible “descubrir”, añorar escenario posible, si en un primer momento no ahondamos en la singularidad histórica del sujeto. De allí la trascendencia de significar la noción del viejo a partir de la interrelación con la categoría trabajo, eje estructurador económico de la vida familiar, de la configuración de los lazos familiares, en definitiva de la cotidianeidad del individuo. Es el viejo quien a partir de la situación presentada de jubilación -desvinculación laboral impuesta-, debe procurar configurar un nuevo escenario, transformar intencionalmente su cotidianeidad, a decir de Sartre (1947); sólo hay realidad en la acción, el hombre no existe más que en la medida en que se realiza, no es más que el conjunto de sus actos.

Enfatiza Sartre acerca de la especificidad del acto humano, el proyecto concierne a una tarea privada de cada sujeto. A pesar de tener un “anclaje” en las condiciones materiales de su existencia, dice Sartre el hombre es producto de su producto, lo que él es no se reduce a los factores que lo condicionan –oposición a doctrina materialista-, sino que él mismo es quien a partir de ellos realiza su historia, su porvenir. *“Para nosotros, el hombre se caracteriza por lo que logra hacer con lo que han hecho de él, aunque no se reconozca nunca en su objetivación”.* (Sartre, 2004:77). Se halla en la noción de proyecto, la intención transformadora del individuo, no representa una simple negación de la situación dada, sino que a través del mismo el hombre se produce a sí mismo. Dice Sartre (1947) el hombre no es otra cosa que lo que él se hace, siendo ante todo lo que habrá proyectado ser, siendo el proyecto mera subjetividad. *“Si en efecto la existencia precede a la esencia, no se podrá jamás explicar por referencia a una naturaleza humana dada y fija (...) no hay determinismo, el hombre es libre, es libertad”.* (Sartre, 1947:33). Mediante el proyecto el destino del hombre se sitúa sobre el hombre mismo, configurado a través de la acción –que lo define-, única posibilidad de trascendencia, de objetivación singular.

CONSIDERACIONES

“La vejez es un continente nuevo a descubrir; más aún, la vejez se crea todos los días inconscientemente. Ella podría crearse conscientemente, con los ojos abiertos sobre el porvenir que se acerca”
Henry Pecquiot

La emotividad de detenernos en la senda vital particular del sujeto envejeciente, en la trayectoria desplegada que configura su biografía y otorga “sentidos” que determinan el presente del viejo, encuentra lugar sí creemos que es en la vejez el momento vital en que más nos diferenciamos los individuos unos respecto a los otros. No es posible identificar ni atribuir rasgos universales a la vejez, ya que el recorrido transitado –historia de vida-, como el bagaje y experiencia acumulada hacen que la población vieja sea quizá la más heterogénea. A partir de ello es que fue concebida la propuesta del trabajo presentado; si bien se lleva adelante una problematización acerca de la inserción del viejo al interior del núcleo familiar una vez jubilado, con el impacto suscitado en la configuración de su nueva cotidianeidad, el planteo no parte ni se demarca únicamente desde la concepción de vejez del sujeto.

Consideramos imprescindible al reflexionar sobre la cotidianeidad del jubilado, las vinculaciones con los miembros familiares más estrechos, la diagramación del escenario en construcción luego de abandonado el mercado de trabajo, tener en consideración el trayecto vivenciado por el viejo, la actividad laboral desarrollada, los avatares respecto al posicionamiento al interior del núcleo familiar a partir de su condición “productiva”, sin dejar a un lado la relevancia de los estructurantes sociales, económicos y simbólicos que organizan y moldean la expresión vital de cada individuo desde el momento mismo que nace. Así de esta forma, reflexionar acerca de los aspectos sobre vejez abordados en el trabajo, implica una interrelación entre pasado y presente del viejo, como si lo comprendiésemos a partir de un constante movimiento dialéctico en él, cambios suscitados en la experiencia del viejo, en su subjetividad, en su cotidianeidad, pero que guardan relación con lo que una vez fue, permaneciendo ello todavía en él, quizá no en su “estado” puro u original, pero es necesario resaltar una y otra vez que el viejo no se determina, no se “hace” en su vejez, el sujeto es un continuo, es expresión de lo que fue y está siendo. A su vez, el devenir del viejo está condicionado por estructurantes del modelo societal imperante, como también por pautas culturales específicas de cada sociedad, en absoluto representa lo mismo la vejez en Occidente

en relación a Oriente, y mucho menos se da equivalencia alguna en sociedades capitalistas modernas características de la actualidad respecto a lo que suponía ser viejo en ordenamientos y contingentes colectivos anteriores a la misma; desde la valoración social hacia el viejo – despojado de la noción de carga e inutilidad-, la permanencia al interior del hogar con el núcleo familiar directo, y sobre todo la capacidad de redefinir de acuerdo a impedimentos principalmente físicos el trabajo y actividades desempeñadas. En las actuales sociedades denominadas “avanzadas”, imposiciones de toda índole son intrínsecas a la configuración del Estado moderno, siendo éste por excelencia quien orienta el curso de vida del sujeto. La institucionalización del curso de vida, adjudicable a la modernidad, limita los márgenes de posibilidad, pretende el ordenamiento, control y estandarización de trayectorias vitales. Para la vejez, desconoce alternativas de expresión singular del viejo, produce un sentir de *ajenidad* respecto a ella, al percibirla como “momento” principalmente improductivo del sujeto; la modernidad ha traído y afianzado la pauta que establece como valor fundamental que el individuo se desarrolle, crezca y se capacite para producir, reproduciendo su existencia en función a su valor de producción.

Bajo la identificación del *ethos* dominante en nuestras sociedades –es decir valores, principios y finalidades- que orientan y dan sentido tanto al vivir individual como colectivo, subordinados ellos a una ética del trabajo, de la producción y acumulación del capital, en la cual la trama vital se corresponde con la posibilidad de consumo, es desde allí y no desde otro lugar que podemos problematizar el devenir suscitado a partir de la desvinculación del ámbito formal de producción por parte del viejo. En función de ello se verifica la equivalencia, correspondencia expresada en sociedades de corte productivista-consumista entre jubilación y vejez. Detenernos sobre la construcción de lo que implica la Vejez, de la manifestación de la misma, en las variantes socio-históricas expresadas en distintos períodos y sociedades, requiere sin duda el examen y consideración de los estructurantes sociales de índole económico, político, cultural y simbólico imperantes. Desconocer ello, pensar la vejez desligada de dichas dimensiones, significaría reducirla al simple paso de los años en el sujeto, reforzaría por tanto la noción de biografías programadas y definidas desde el acto mismo del nacimiento en adelante, en definitiva lo que el ciclo vital y modelo societal ordenan como mandato. Adscribirnos en un posicionamiento que procura la construcción, significación y comprensión de la vejez y el envejecimiento en estrecha relación a las dimensiones destacadas, a los procesos sociales

suscitados, entendemos que es la vía adecuada para propiciar la reflexión, el debate, la problematización – a través de la discusión y diálogo crítico- acerca de las implicancias que configuran la noción de vejez y envejecimiento en determinado momento contextual.

A lo largo del documento, pretendimos esclarecer la forma en la cual la eliminación de los lazos que configuran la trama vital en relación al “mundo” laboral, es decir el ámbito de producción al cual se inserta el sujeto, ocasiona un vacío importantísimo en la identidad individual y social del viejo, repercutiendo en su vinculación con los miembros del núcleo familiar y en la reconfiguración de su cotidianeidad. Cabe entonces interrogarse acerca de lo que imprime en el viejo dicho proceso jubilatorio que lo segrega de las únicas aparentes estructuras de sentido. Para esto tomamos los aportes de Fericgla (1992) que demarcan a la jubilación como un auténtico *anti-rito* de paso. Es fundamental considerar el mencionado aspecto, es habitual y fácilmente aceptamos que el hecho de jubilarse representa un rito de paso trascendente en la vida del viejo, entendemos que nada de eso sucede lamentablemente. El proceso jubilatorio se manifiesta carente de contenido en sí mismo, desvincula al sujeto sin expectativa alguna de reinserción posible, no se trata de una construcción provista de contenido simbólico para el viejo, a decir de Fericgla; aun teniendo los resultados propios de un rito de paso, es decir que rompe con los anteriores esquemas en el sujeto, no lo es. La jubilación no es más que un ordenamiento jurídico-laboral que transforma de forma arbitraria la vida del viejo, al margen de sus propias motivaciones, intereses y experiencias. Es entonces que debemos referir a la jubilación en nuestra sociedad capitalista como un rito excluyente, al que no le sigue otro inclusivo, en el sentido que no propicia el paso de una categoría social a otra, no deja lugar posible a la reintegración posterior a la sociedad en una categoría valorada positivamente por el colectivo social, el viejo jubilado se convierte en un “desprendimiento” del entramado social, podemos pensar así en la jubilación bajo la perspectiva de abandono, no se produce ese “otro estado” que estimule la reagregación que sí comportase un rito de paso. Fericgla (1999) plantea que la jubilación conduce a un estado *liminar* en el que el viejo permanece ajeno al ámbito de las estructuras sociales que imponen modelos de conducta, de relacionamiento a los individuos. La desvinculación del mercado de trabajo, hace de dicho estado liminar un estado irreversible, en donde el viejo debe amoldarse a “funcionar” por fuera de la trama vital que los valores laborales le han marcado en el pasado. Por tanto, el viejo con la jubilación suele iniciar un proceso de marginación económica, simbólica y cultural que perjudica su integración y participación en

distintos espacios tanto de carácter público como privado, favoreciéndose una determinada forma de liminaridad característica de nuestras sociedades.

Estando entonces inmerso y *sujetado* el viejo en este ordenamiento social capitalista, que lo ubica una vez desvinculado del mercado de trabajo en un estado liminar, identificamos que la cuestión esencial para el individuo respecto a su envejecer se traduce en la perspectiva de metamorfosis que se le plantea al Yo. Dicha “marca” que representa la jubilación, es un evento trascendental que interpela y pone a prueba la identidad del viejo en distintos planos del transcurrir vital; en relación a los vínculos interpersonales, al cuerpo, organización de la propia vida cotidiana. Creemos indispensable hacer hincapié sobre el impacto que conlleva el proceso jubilatorio en la estructura Yoica del viejo, teniendo en cuenta que ésta se conduce por el “principio de realidad”, el examen de la misma a partir de este suceso implicará en enorme medida dicha estructura. La capacidad de enfrentar, de superar dicho estado liminar que connota el jubilarse, de lidiar con el estado emocional adverso que suele representar, estará influenciado por la fortaleza o debilidad del Yo de dicho sujeto. Anteriormente enfatizamos sobre el motivo por el cual la jubilación no se corresponde con un rito de paso, simplemente desvincula, hace que el viejo abandone y se desligue de un estado, pero no conlleva agregación a otro distinto. Qué es lo que sucede o cuáles alternativas quedan para el viejo entonces una vez transitado dicho proceso, cabe cuestionarse. Aventuramos y reflexionamos que a través de la concepción y elaboración de un *Proyecto* es que es posible representar el retiro laboral como auténtico rito de paso, dejando abierta la posibilidad de superar dicho estado liminar de marginalidad y pasividad por parte del viejo, transformándolo en hacedor y partícipe directo de una nueva cotidianeidad, a través de él y siguiendo a Sartre –sí es al mismo tiempo fuga y salto adelante- posibilitará y otorgará oportunidades para que el viejo pueda renovar el sentido de su experiencia, el proyecto así como acción individual hacia un horizonte trazado. Al pensar y depositar suma confianza en la noción de proyecto como complemento que haga de la jubilación un rito inclusivo, no tenemos intención de precisar como partida el acto consumado del retiro para su elaboración; sino que será fruto de la experiencia anterior del viejo –noción de continuidad-, volcada en la actualidad y en el posterior devenir de éste. No se trata de expectativas desmedidas ni ilusiones desorbitantes, un proyecto legítimo es aquel que revela las potencialidades del sujeto, aquel que se diagrama considerando motivaciones, intereses y propósitos deseados, existiendo una ajustada correlación respecto a lo que él viejo fue, lo que es y las posibilidades de lo que puede llegar a ser. El deseo

de elaborar e imaginar determinado proyecto que haga del viejo un sujeto en “construcción” aun en su vejez, estará intrincado con la capacidad de adaptación y respuesta afrontada ante la desestructuración que comporta la desvinculación del mundo laboral en nuestras sociedades mercantiles. El margen de acción y alternativas que éstas dejan al viejo son inexistentes, no siendo más que “visto” como un ser obsoleto, la sociedad del capital lo desecha y lo invisibiliza y eso no puede pasarse por alto al reflexionar sobre la viabilidad para trascender dicho estado de liminaridad que describe nuestra sociedad.

Las bases del sistema industrial lejos de modificarse parecen recrudecerse, incrementándose de forma notoria el deterioro expresado en el mundo productivo, transformándose la institución familiar en el referente por excelencia en el cual se deposita la conflictividad social. Es teniendo presente dicha cuestión, sumado a los ordenamientos e imperativos del modelo social que demandan y avalan conductas, actitudes y propósitos específicos para los individuos en sociedad, que referenciamos como inicio para pensar y hacer dialogar distintas posiciones en relación a toda temática que involucre al envejecimiento y vejez. De esta forma entendemos que pensar y problematizar la vejez trasciende el mismo momento vital en el cual se manifiesta, interpela la construcción del sujeto a lo largo de todo su trayecto vital. La construcción e imagen social respecto al viejo guarda profunda vinculación con el mandato imperante hacia aquellos individuos que atraviesan otra instancia vital, un modelo social que hace y toma al sujeto solamente desde su condición productiva, valorizado en función del valor agregado originado mediante su actividad productiva, es al menos esperable que “cargue y arremeta” contra el viejo desvinculado de dicho proceso, a través de un sinfín de prejuicios y estigmas que violentan y lesionan su persona. Se hace imprescindible amalgamar la categoría vejez a la noción de envejecimiento, parece ser cuestión obvia y asegurada pero no lo es, hacerlo favorece la actitud descrita anteriormente del ser como un *continuum* permanente. Ambas nociones lejos de ser equivalentes se articulan, como individuos estamos desde un comienzo envejeciendo, envejecer da cuenta de nuestra experiencia, de nuestra realización en tanto sujeto, pensar ambas cuestiones desarticuladamente implica pensar al viejo dissociado de su existencia anterior, algo carente de sentido alguno. Qué relevancia tendría de esta forma problematizar temática alguna sobre la vejez? podríamos aportar algo novedoso? Entendemos que no, simplemente reforzaríamos connotaciones extendidas sobre el viejo; un abordaje crítico permeado de sensibilidad, debe tomarlo en toda su integralidad, biografía y en contexto social.

BIBLIOGRAFÍA

- Agulló, María Silveria (1999) *Mayores, actividad y trabajo en el proceso de envejecimiento y jubilación: una aproximación psico-sociológica*. Tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Ciencias Políticas y Sociología.
- Alonso, Luis Enrique (2004) “La sociedad del trabajo: debates actuales. Materiales inestables para lanzar la discusión”. En: *Revista Española de investigaciones sociológicas*, 2004, N° 107, pp. 21-48.
- Antunes, Ricardo (2000) “Trabalho e precarizacao numa ordem neoliberal”. En: *La ciudadanía negada: políticas de exclusión en la educación y el trabajo*. pp. 35-48. Buenos Aires: CLACSO.
- Bauman, Zygmunt (2008) *Miedo líquido: la sociedad contemporánea y sus temores*. Buenos Aires: Paidós.
- Bazo, María Teresa (1991) “La familia como elemento fundamental en la salud y bienestar de las personas ancianas”. En: *Revista Española de Geriatria y Gerontología*, 1991, N 1, pp. 47-52.
- Bazo, María Teresa (2001) *La institución social de la jubilación: De la sociedad industrial a la postmodernidad*. Valencia. Nau Llibres.
- Bermejo, Lourdes (2006) “Promoción del envejecimiento activo. Reflexiones para el desarrollo de programas de preparación y de adaptación a la jubilación” en Giró, Joaquín. *Envejecimiento activo, envejecimiento en positivo*. La Rioja, pp. 65-88.
- Bertaux, Daniel (1983) “Sociología de la vida cotidiana y de relatos de vida”. En: *Revista Suiza de Sociología*, 1983, Vol 9, N° 1, pp. 67-83.
- Bertaux, Daniel (1997-1998) “Estructura de clases, movilidad de clases y distribución de las personas”. En: *Revista Herramienta*, 1997/98, N° 5, pp. 83-101.
- Camdessus, Brigitte (1995) *Crisis familiares y ancianidad*. Barcelona. Paidós.
- Carrasco, Juan Carlos (1983) Seminario: Psicología Crítica Alternativa.
- Castel, Robert (1997) *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires. Paidós.
- Chercover, Adriana (2000) “Vejez, jubilación y el mito social” en TIEMPO: El portal de la Psicogerontología [online]. Disponible en: <http://psicomundo.com/tiempo/monografias/jubilación.htm> [acceso 29/07/2015].
- Crosetto, Alberto (s/f) Encuentro de formadores de Adultos Mayores. Universidad Nacional de Córdoba.

- De Beauvoir (1970) *La vejez*. Buenos Aires: Sudamericana.
- De Jong, Eloísa, et al (2010) *Familia: representaciones y significados. Una lucha entre semejanzas y diferencias*. Buenos Aires. Espacio.
- Dornell, Teresa (2009) “Las transformaciones familiares y sus repercusiones en la vejez”. En: *Revista de la sociedad Uruguaya de Geriátría y Gerontología*; 2010, Vol 3, N° 1, pp. 12-15, Montevideo, Uruguay.
- Engels, Friedrich (1986) *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*. Moscú: Progreso.
- Fericgla, Josep María (1992) *Envejecer. Una antropología de la ancianidad*. Barcelona: Anthropos.
- Fericgla, Josep María (1998) “Envejecemos como vivimos”. En: *Cuerpomente*, 1998, N° 74, pág. 14, RBA, Barcelona.
- Fericgla, Josep María (1999) “Recuperar los ritos de paso”. En: *Cuerpomente*, 1999, N° 93, pág. 16, RBA, Barcelona.
- Fortes, Alicia (1995) “Los nuevos desafíos del retiro laboral”. En: *Revista de Trabajo Social*, 1995, N 65, pp. 59-65. Escuela de Trabajo Social, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago de Chile.
- Foucault, Michel (1996) *Hermenéutica del sujeto*. La Plata. Altamira.
- Freud, Sigmund (1988) *El malestar en la cultura*. Madrid. Alianza.
- Hareven, Tamara (1995) “Historia de la familia y la complejidad del cambio social”. En: *Boletín de la Asociación de Demografía Histórica*, XIII, pp. 99-149.
- Heller, Agnes (1985) *Historia y vida cotidiana*. México: Grijalbo.
- Heller, Agnes (1987) *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Península.
- Heller, Agnes (1994) *La revolución de la vida cotidiana*. Barcelona: Península.
- Hennessy, Patrick (1997) “El creciente riesgo de la dependencia en la vejez: ¿qué papel aguarda a las familias y a la seguridad social?”. En: *Revista internacional de Seguridad Social*, 1997, Vol 50, N° 1, pp. 25-46.
- Hobsbawm, Eric (2001) *Historia del siglo XX*. Barcelona. Crítica.

- Iens, Inés (2000) “La Familia: Las Familias. Transformaciones de la Familia a fines del siglo XX. En: *Políticas públicas: propuestas y estrategias. Desde una perspectiva de género y familia*. Red Género y Familia Montevideo: UNICEF, RED GÉNERO Y FAMILIA, pp 77-84.
- Lasch, Christopher (1991) *Refúgio num mundo sem coração: A família: santuário ou instituição sitiada?* Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Lipovetsky, Gilles (2007) *La felicidad paradójica: Ensayo sobre la sociedad de hiperconsumo*. Barcelona: Anagrama.
- Ludi, María del Carmen (2005) *Envejecer en un contexto de (des)protección social: claves problemáticas para pensar la intervención social*. Buenos Aires. Espacio.
- Moragas, Ricardo (1989) *La jubilación: un enfoque positivo*. Barcelona: Grijalbo.
- Moragas, Ricardo (1991) *Gerontología social: envejecimiento y calidad de vida*. Barcelona: Herder.
- Moragas, Ricardo (2001) *La jubilación: una oportunidad vital*. Barcelona: Herder.
- Mota, Rosalía y López, Oscar (1998) “Las personas mayores ante la exclusión social: nuevas realidades y desafíos”. En: *Revista Documentación social*, 1998, N° 112, pp. 147-166.
- Muchnik, Eva (2006) *Envejecer en el siglo XXI: historia y perspectivas de la vejez*. Buenos Aires. Lugar.
- Neugarten, Bernice (1999) *Los significados de la edad*. Barcelona. Herder.
- Paredes, Mariana (2009) *Aspectos demográficos de la Vejez y el envejecimiento*. Montevideo.
- Pérez-Díaz, Víctor y Rodríguez, Juan Carlos (2007) *La generación de la transición: entre el trabajo y la jubilación*. Barcelona. La Caixa.
- Quiroz, Mario Hernán (2000) “Impacto psicosocial del retiro laboral en la fase terminal de la familia”. En: *Revista Venezolana de Análisis de Coyuntura*, 2000, N 1, pp. 81-94.
- Salvarezza, Leopoldo, comp. (1995) *El fantasma de la vejez*. Buenos Aires. Tecné.
- Salvarezza, Leopoldo, comp. (1998) *La vejez: una mirada gerontológica actual*. Buenos Aires: Paidós.
- Sánchez, Carmen (2000) *Gerontología social*. Buenos Aires. Espacio.
- Sánchez, Pedro (2000) “Sociología de la vejez versus economía de la vejez”. En: *Papers: revista de sociología*, 2000, N° 61, pp. 39-88.
- Sartre, Jean-Paul (1947) *El existencialismo es un humanismo*. Buenos Aires: Sur.

- Sartre, Jean-Paul (2004) *Crítica de la razón dialéctica*. Buenos Aires. Losada.
- Scaglia, Horacio y Mammana, Aída (2001) “Jubilación y pérdidas”. Buenos Aires. Disponible en: <http://www.geragogia.net/index.htm> [acceso 20/08/2015].
- Seguí-Cosme, Salvador y Alfageme, Alfredo (2008) “El retiro temporal a lo largo de la vida: Bases sociológicas y filosóficas”. En: *Mediterráneo económico*, 2008, N° 14, pp. 385-405.
- Thevenet, Nicolás (2013) CUIDADOS EN PERSONAS ADULTAS MAYORES. Análisis descriptivo de los datos del censo 2011. Montevideo. Uruguay.
- Urbano, Claudio y Yuni, José Alberto (2005) *Psicología del Desarrollo: Enfoques y perspectivas del Curso Vital*. Córdoba: Brujas.
- Yuni, José Alberto, comp. (2011) *La vejez en el curso de la vida*. Encuentro Grupo Editor.
- Zarebski, Graciela (1999) *Hacia un buen envejecer*. Buenos Aires. Emecé.